

Fantasmagorías y (des)memorias

Yayo Aznar Almazán¹

100

Phantasmagoria and (dis)memories

1 Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid). saznar@geo.uned.es

Revista Toráx / Volumen 1 / Número 1 / Julio 2017, pp. 100-106

Documento disponible en línea:

<http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/Torax/>



Esta es una publicación de acceso abierto, distribuida bajo los términos de la Licencia Creative Commons Reconocimiento-No-Comercial-SinObrasDerivada 4.0 Internacional (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>), que permite el uso no comercial, compartir, descargar y reproducir en cualquier medio, siempre que se reconozca su autoría. Para uso comercial, póngase en contacto con: revista.torax@gmail.com

Empecemos mirando dos imágenes (Figuras 1 y 2) de un acontecimiento fundamental en la posguerra española: la inauguración del Valle de los Caídos, uno de los monumentos más grandes de Europa, construido por un fascista a cincuenta kilómetros de Madrid. De hecho, todo el memorial nos dirige con bastante exactitud a la esencia del régimen franquista. El uso de prisioneros de guerra en las obras señala el saqueo sistemático de recursos de los vencidos. El carácter marcadamente religioso del monumento define la alianza estable y profunda del franquismo con la jerarquía de la Iglesia. Por último, la impresionante movilización de cadáveres que se desencadenó inmediatamente antes de su inauguración mostraba que aún se seguía engrasando la burocracia de la muerte. Como vemos, la historia del Valle de los Caídos es un proceso complejo que se ha ido impregnando de los sucesivos presentes y, en consecuencia, las sucesivas experiencias. La fenomenología nos enseña que a cada objeto le corresponde necesariamente una determinada experiencia, siempre personal, por lo que dicho objeto despunta, se hace visible de nuevo, en la experiencia que cada uno de nosotros tiene de él en un presente muy concreto. Las cosas, entonces, no están ahí, ya prestas y dispuestas, sino que se “muestran” en nuestra experiencia de ellas, lo que, tal como ha señalado Posada Varela (2016, p. 497), alberga una reserva de crítica e innovación respecto a lo establecido que no deberíamos despreciar. A nosotros, en este texto, nos interesa el momento de su inauguración porque, desde entonces, funcionó, en sucesivas celebraciones, como una maquinaria ambivalente: deseosa de unir a todo el cuerpo social en un homenaje de reconciliación a todos los caídos, no dejó en ningún momento de funcionar como una auténtica arquitectura fascista, muy generosa en la fabricación de experiencias colectivas. Y nos interesa porque creemos, con Nietzsche, que la historia no es solamente una cuestión de saber, sino que es una cuestión vital y, precisamente porque es un “documento infinito de la catástrofe”, tal como nos dijo Benjamin (2008, pp. 50-85), es importante no convertir el pasado en un objeto muerto, no renunciar a todo pensamiento de su fuerza.

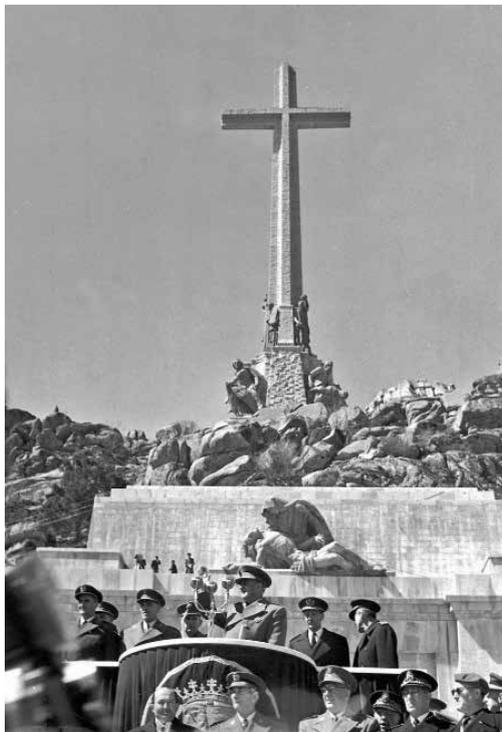


Figura 1. Inauguración por parte de Franco del Valle de los Caídos, Madrid 1 de abril de 1959.



Figura 2. El pueblo en la inauguración del Valle de los Caídos, Madrid, 1 de abril de 1959.

En la primera imagen vemos el discurso del dictador, quien está en el centro, rodeado de todos los poderes fácticos del momento porque, aunque la Iglesia no aparece reencontrada en sus sacerdotes, todos los signos detrás del general le pertenecen a esta, al mismo tiempo que a él lo rodean y legitiman. En este sentido, es interesante señalar las aportaciones que la llamada “nueva política” (aquella que surge a finales del siglo XVI-II con la Revolución francesa y las guerras de Liberación en Alemania) ha hecho a las experiencias totalitarias, como, fundamentalmente, la estrategia de la “nacionalización de las masas” (las cuales ocupan casi la totalidad de la Figura 2) o integración de las masas al cuerpo nacional frente a la vieja estrategia liberal de constitución de élites. Esto significaba, entre otras cosas, inaugurar otro tipo de mediación o de comunicación entre gobernantes y gobernados, por lo que empezó a operar un estilo político en el que predominaban los mitos y los símbolos, las liturgias, e incluso los cultos, mediante los cuales el pueblo conquista su identidad en una muy intensa serie de experiencias emocionales que están perfectamente dirigidas. Ya nos explicaba Remo Bodei (1991) cómo los jacobinos supieron consolidar la gestión del miedo y la esperanza en el horizonte colectivo y como arma colectiva. El filósofo afirma que las consecuencias son efectivamente perturbadoras: lógicas políticas milenarias pierden todo punto de referencia; el pensamiento y la praxis deben ser reinventados cada día, integrados y robustecidos por sólidas dosis de retórica; se asoma el riego, jamás vencido, pero siempre exorcizado, de una caída en lo inconmensurable y en lo incomprensible. La opacidad y la ceguera, que terminan por envolver también a los protagonistas más lúcidos, son la consecuencia inmediata de una lógica semejante. Como ejemplo, un pequeño fragmento del discurso de Franco en la inauguración del Valle:

Mucho fue lo que a España costó aquella gloriosa epopeya de nuestra Liberación para que pueda ser olvidada. La anti-España fue vencida y derrotada, pero no está muerta. Periódicamente la vemos levantar la cabeza en el exterior y en su soberbia y ceguera pretender envenenar y avivar de nuevo la innata curiosidad y el afán de novedades de la juventud. Por ello es necesario cerrar el cuadro contra el desvío de los malos educadores de la juventud (Generalísimo Francisco Franco, 2006 [1959]).

La anti-España, entonces, sigue ahí: el enemigo sigue vivo y alerta. El miedo a lo que puede hacer debe mantener al pueblo bien atado a este “pacto social”, a la masa que permanece unida frente a su líder (ver Figura 2). Es lo que Benjamin (2008) llama “la estetización de la política” (pp. 50-85), que en el Valle de los Caídos tuvo un gran despliegue porque, como ha estudiado Miguel Abensour (2016), “la arquitectura es un dispositivo fundamental de la organización de masas mediante la institución de un espacio sagrado, mágico, estructurado de modo específico y, por lo tanto, como una piedra angular del nuevo régimen” (p. 271); pero se debe tener cuidado, ya que también es un dispositivo que no se puede experimentar como un lugar político, pues su lógica consiste en suprimir lo político “atravesado como está por la voluntad ilusoria de hacer surgir una sociedad reconciliada que hubiese superado la división social y sus efectos” (p. 282).

Pero esto ya lo sabíamos. Quizás una reflexión de Marc Richir nos ayude a ir un poco más lejos y, a la vez, acercarnos más a nuestro tiempo. Richir (2013) entiende el campo político en tres registros diferentes: el escenario en el que obran de manera visible los diferentes actores e instancias políticas; los juegos de las “fuerzas” políticas en los que se enmaraña el poder: el deseo de dominar de los Grandes y el deseo de no ser dominado del pueblo; y la trascendencia del poder y de lo político, cuyo sentido escapa casi siempre a los actores. En una sociedad sana, estos tres registros son mutuamente “porosos”, pero puede suceder que el segundo registro acabe completamente oculto (es decir, que quede reservado a una “clase dirigente” que extrae todo su poder de esa ocultación), lo que provoca que el primer registro aparezca completamente como simulacro y, con él, lo social mismo, al igual que sus discursos enteramente subsumidos por la ideología. De este modo, solo queda la repetición ritualizada de relaciones estáticas entre simulacros de personajes: el tirano ya no es más que un tirano de opereta, los Grandes se han vuelto invisibles e inaccesibles y el pueblo se ha sumido en la servidumbre, pues no es ya más que un coro que cree que canjea su deseo (de no ser dominado) por necesidades más o menos predefinidas cuya satisfacción supuestamente debería aportarle paz y prosperidad, dos cosas que Franco ponía constantemente en el horizonte de su esperanza.

Ya Marx nos enseñó que la fantasmagoría de la mercancía es capaz de ocultar a nuestros ojos la realidad del sistema de producción capitalista. De la misma manera, todo el espectáculo fantasmagórico que se desplegaba en el Valle de los Caídos, simulacro sobre el que razona Richir, es capaz de tapar la realidad del régimen, aunque el régimen, por autoritario, acabe cayendo bien por una revolución o, en el caso español, por la muerte en la cama del dictador. Se plantea, entonces, la siguiente cuestión: ¿las democracias que siguieron a esos sistemas autárquicos han sido capaces de gestionar mejor las fantasmagorías?, ¿sería posible pensar que no solo no lo han conseguido, sino que las han multiplicado?

Poco a poco y como sin darse cuenta, las viejas democracias europeas han empezado a jugar un difícil papel de ocultación, precisamente por no acordarse de que la opacidad de las clases dirigentes (los Grandes de Richir) acaba haciendo insana una sociedad tan poco porosa. Y así hemos ido llegando al momento actual. Buscar una foto de nuestros dirigentes arengando a las masas es tan inútil como innecesario. Ahora tienen otros medios de control y comunicación. Ya ha señalado Mario Perniola (2008) que la mediocracia (la mediación de los medios de comunicación) conlleva la transformación de los domi-

nios del sentimiento, de la sensibilidad y de la afectividad del hombre en instrumentos y aparatos ideológicos. Es lo que el pensador italiano ha llamado la *sensología*: el sentir como una actividad humana que ahora ha adquirido una dimensión anónima, impersonal y socializada, prácticamente controlada. Y no hay más que escuchar la homogeneidad de los discursos sobre el “problema” de los inmigrantes y los refugiados (dos cosas completamente distintas pero unidas con insistencia en el nuevo imaginario conservador del que Donald Trump es el líder indiscutible), o los discursos sobre los peligros de todo el mundo árabe sin distinción, para darnos cuenta de que la gestión del miedo y la esperanza vuelven a estar entre nosotros, si es que alguna vez se han ido. Y, sin embargo, ahora son las democracias las que gestionan. O los mercados. Ya no sabemos. Lo que sí sabemos es que la alienación sensorial se ha elevado a la enésima potencia en el mundo altamente tecnificado de nuestras democracias, mucho más sofisticado de lo que Benjamin hubiera podido imaginar.

Estamos, entonces, porque parece que no hemos aprendido nada, ante una enorme fantasmagoría con varias capas. La primera es una democracia que no ha conseguido ser tal limpiamente, lo que se explica gracias a la segunda capa de nuestra fantasmagoría: la política neoliberal profundamente unida al auge de una extrema derecha, tanto en Europa como en Estados Unidos, que necesita disfrazarse de democracia (ya nadie toleraría una autarquía visible). Esta se asienta tranquilamente en otro de los puntos básicos del pensamiento de Richir (2013): el ocultamiento de los Grandes que hace que todo se desvirtúe y que, en consecuencia, nuestras democracias sean un ritual vacío, el cual solo puede asentarse en un olvido perfectamente gestionado a través de memoriales y monumentos que, en realidad, son incapaces de dar lo que prometen porque siempre “tapan” la memoria en la narrativa de una única historia y, por lo tanto, nunca permiten el duelo. No es otra cosa lo que hacen. Por ejemplo, el Monumento a los judíos de Europa asesinados, que Peter Eisenman llevó a cabo en Berlín, al lado de la Puerta de Brandeburgo, después de haber ganado un concurso público. El memorial en cuestión es un enorme campo de 19 000 metros cuadrados cubierto por 2711 losas de hormigón de diferentes tamaños. Es como un gran cementerio increíblemente ordenado. Hormigón sobre hormigón, oculta debajo un subterráneo que contiene los nombres, las fotos y algunas historias personales de todas las víctimas judías del Holocausto conocidas, obtenidas del museo israelí Yad Vashem. Da la impresión de que por encima de esos nombres se impone la gran narración de una historia. Incluso, este caso nos puede traer a la cabeza la clásica tesis de Worringer (1972), cuando hablaba de la arquitectura funeraria egipcia y veía en ella el deseo inconsciente de los egipcios de enterrar bien a sus muertos para que nunca pudieran salir. Es tentador, desde luego, leer los memoriales desde la intención inconsciente de que los muertos nos hablen lo menos posible y que queden solo como nombres especiales en un gran relato. De esta manera, las historias personales no pueden entrar en tensión con el tiempo histórico porque *son* el tiempo histórico. Una vez más, la historia asedia a la memoria, y en ese asedio la memoria se esconde dejando campo abierto a cualquier discurso, por peligroso que sea.

Referencias

- Abensour, M. (2016). De la compacidad. Arquitectura y regímenes totalitarios. En *El arte no es política/La política no es arte*. Madrid, España: Brumaria.
- Benjamin, W. (2008). Sobre el concepto de historia. En *Obras Completas*, Libro I, Volumen 2, Madrid, España: Abada Editores.
- Bodei, R. (1991). *Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad, filosofía y uso político*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Generalísimo Francisco Franco (2006 [1959]). Discurso en la inauguración del Valle de los Caídos. Recuperado de: <http://www.generalisimofranco.com/Dis-cursos/discursos/1959/00003.htm>
- Nietzsche F. (2011). Consideraciones intempestivas II. De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida. En *Obras Completas*, Volumen I, Escritos de Juventud. Madrid, España: Tecnos, 2011.
- Perniola, M. (2008). *Del sentir*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Posada Varela, P. (2016). ¿Qué es la fenomenología? Prolegómenos a la disrupción arte/política. En *El arte no es la política/La política no es el arte*. Madrid, España: Brumaria.
- Richir, M. (2013). *La contingencia del déspota*. Madrid, España: Brumaria.
- Worringer, W. (1972). *El arte egipcio*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión SAIC.

Figuras

Figura 1. Diario ABC (2 de abril de 1959). Madrid, Hemeroteca Municipal.

Figura 2. Diario ABC (2 de abril de 1959). Madrid, Hemeroteca Municipal.

Yayo Aznar Almazán

Sagrario Aznar, Doctora en Historia del Arte, en la actualidad es Catedrática de Universidad en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Madrid.

Entre sus publicaciones destacan libros como *El cauce de la memoria. Arte en el siglo XIX* (Madrid, Istmo, 1998), *Arte de acción* (Madrid, Nerea, 2000), *El Guernica* (Madrid, Edilupa, 2004), *La memoria compartida. España y Argentina en la formación de un imaginario cultural* (Buenos Aires, Paidós, 2005) o *Insensatos. Sobre la representación de la locura* (Murcia, Micromegas, 2013). Ha coordinado, con Pablo Martínez, la edición del libro *Lecturas para un espectador inquieto* (2013) y ha sido codirectora, con el profesor Javier Hernando Carrasco, de la colección *Arte Hoy*, publicada por la editorial Nerea.